



1723

## COMUNICACIÓN ACADÉMICA N°

*De la académica de número doña  
Susana Freire, acerca de*

### NICOLÁS OLIVARI

Señor Presidente:

“Soy un habitante circunstancial de Buenos Aires a la que adoro ávidamente en lo que tiene de europeo: el vicio”. Así, urbana, provocadora, vanguardista es la poesía de Nicolás Olivari, un contemporáneo de Roberto Arlt y de los hermanos González Tuñón, un hombre de la Buenos Aires moderna de los años '20. Diego Arzeno, tal el nombre real de Nicolás Olivari, nació en Buenos Aires el 8 de septiembre de 1900 y aquí falleció el 22 de septiembre de 1966. Fue poeta, periodista y escritor.

Su vocación periodística surgió desde muy joven y comenzó colaborando en *Crítica*, luego llegó el *El Pregón*, y siguió sumando experiencia en *Noticias Gráficas*, *Reconquista*, *La Época*, *El Laborista* y *Democracia*. También hizo extensiva su labor a las revistas (varias de ellas) y a las radios. Se animó a incursionar en el teatro con obras como *Un auxilio en la 34*, *Amargo exilio*, *Tedio*, *Irse*, *La pierna de plomo*, *El regreso de Ulises*, *Dan tres vueltas y luego se van*, y con Roberto Valenti escribió para la radio *Hormiga Negra* y *El morocho del Abasto*, ésta última llevada posteriormente al cine. Además, tradujo asimismo numerosas obras del teatro europeo. Fue miembro fundador de la Academia Porteña del Lunfardo, y su sillón es el que me honra ocupar.

Pero a pesar de su labor periodística y teatral, el reconocimiento lo logró en los libros. especialmente en los que volcó su sentir poético, como en *La amada infiel*, *La musa de la mala pata*, *El gato escaldado*, *Diez poemas sin poesías*, *Los poemas rezagados*, *Pas de quatre*; y los libros de cuentos *Esta noche es nuestra*, *La mosca verde*, *El almacén*, *El hombre de la baraja y la puñalada* y *Mi Buenos Aires querido*.

No pudo resistirse a la música ciudadana y escribió la letra de algunos tangos: “Tengo apuro” (con Enrique González Tuñón y Antonio Scatasso), *Cuarenta entradas* (con música de José López Ares), *La violeta* y otros más con seudónimo.

Olivari fue un escritor de evidente inclinación vanguardista y demostró una irreverencia absoluta frente a aquellos a los que bautizara como “los cíclopes de la literatura vieja” (probablemente Lugones, Rojas, Capdevila o Larreta), imponiendo su propia grafía. Hoy en día hubiera sido considerado un transgresor. Su pensamiento se pone de manifiesto en la introducción a *El gato escaldado*, cuando proclama “que todos se sacudan, como el perro cuando sale del agua, de los pesados mitos literarios y poéticos”.

Desde su posición contestataria, Olivari muestra el germen de la insurrección. Más tarde diría Jorris K. Huysmans en su prólogo a *La musa de la mala pata* (1926) que “hasta la imperfección le gustaba con tal que no fuera parásita ni servil, y acaso hubiera una dosis de verdad en su teoría de que el escritor subalterno de la decadencia, el escritor todavía impersonal, aunque incompleto, alambica un bálsamo más irritante, más aperitivo, más ácido que el artista verdaderamente grande, verdaderamente perfecto de la misma época”.

Hay en su poesía una voluntad por sacudir los cimientos de la palabra para dar con el tono corrosivo y, por momentos, furioso que se advierte en sus versos y forma

parte de lo que el propio poeta entendía como praxis de su expresión: “El lirismo que preconizo para mis poemas –decía Olivari– debe ser tan hondo como un estupefaciente y lo sueño tan rotundo, áspero y concluyente que de cada pieza labrada en el metal del idioma, dentellado por los ácidos inspirados del numen revivido, saldremos ahogados y cegados como del más profundo pozo de una mina”.

Como Roberto Arlt y Enrique González Tuñón, Nicolás Olivari vivió y transformó en materiales de su literatura la modernización vertiginosa de una Buenos Aires que en los años 20 era la cabeza visible del país de las vacas gordas. Respecto de esa obsesión ciudadana, el mismo Olivari confesó: “Yo me limito a lo que sé: Buenos Aires. No conozco el campo y no lo entiendo y me moriría de aburrimiento en una provincia”.

Con esta mirada empieza a interesarse por los personajes de la ciudad: prostitutas, *clowns* patéticos, oficinistas que eligen la mala vida, novias pálidas y casi siempre tísicas, costureritas cuyo mal paso era, para él, siempre un tropezón afortunado. En ese doble movimiento de despegue muchos han visto su capacidad para cruzar un registro de literatura alta –la musa– con una imagen congelada proveniente del habla popular –la mala pata–.

Como afirma Bernardo Ezequiel Korembli, “si el lector de Chesterton y de Proust se nos muestra a veces exagerado, grotesco, estafalario y estupefaciente, no hay en estos aspectos motivos censurables, como el deseo de la originalidad, de fastidiar al burgués”. Roberto J. Payró definía a Olivari como un anatomista formidable, que con su pluma realizaba una verdadera disección del ser humano: “Con el codo en la mesa mugrienta / y la vista clavada en el suelo [...] La aprendió cuando vino con otros / encerrado en la panza de un buque”.

Este “Jonás redivivo de la poesía”, como lo bautizara Macedonio Fernández, subsiste en un estado de inadecuación al medio. En “El poeta asesinado”, relato publicado en la revista *El Hogar* en 1934, resume dicha situación en tres movimientos: la publicación de un poema en el rotativo en el cual el poeta desarrolla una labor periodística, la esperanza de ser leído por la “mujer de su poema” del tranvía y, finalmente, el desencanto: “La muchacha había leído todo, completamente todo el diario, menos su poema. El poeta se desangró desesperado sobre su asiento. Era como si le hubieran pegado una puñalada”.

Para Borges, la poesía de Olivari “expresa con desesperada intensidad el tema que es suyo: el aburrimiento, el estudio para suicida, el rencor suburbano”. Se propuso, según declaró en el prólogo de uno de sus libros, exagerar la realidad hasta la irrealidad.

Juan Sasturain lo define como creador múltiple, como un autor temible y temido, difícil de clasificar y, sobre todo, de manipular críticamente. “Con vocación de dandy y marginal, Olivari se piensa poeta maldito mientras trajina en la redacción de *Crítica*, rema con “prosa asmática” bajo la tutela del capital. Ahí están las tensiones básicas -lo individual y lo social- entre el ideal y la miseria, belleza y fealdad, todo a flor de piel y sin resolver. El resultado es una tristeza sin melancolía, el tedio sin atenuantes, la rabia destilada en puteada, escupida y mueca, el poema de versos disonantes, cojos, autoconscientes de su rareza.

Olivari no había sido nunca un escritor cómodo, accesible, compartible sin salvedades y mucho menos de muchacho, cuando encarnó lo más saludablemente corrosivo de la vanguardia poética. Fue un poeta que osciló entre las dos vertientes literarias —Florida y Boedo— que rigieron las décadas del veinte al cuarenta. Del mismo modo, su obra está compuesta con elementos propios de la experimentación que proponían los primeros y las dosis necesarias de contenido social que exigían los segundos. Ricardo Güiraldes, desde *Martín Fierro*, lo apoyó colocándolo en la escena

literaria argentina como un poeta maldito, cercano a Lautréamont y a Corbière. Fue, en realidad, uno de los más porteños de su generación por el énfasis y el desgarró que adquieren sus versos salpicados de disconformidad y rebelión contra el acontecer político y el rumbo que adquirirían las cosas que afectaban la vida social de los habitantes.

Era, como él mismo se definió en su poema "Presentación", un gran romántico al revés. En ese revés entraba la mitología de una ciudad que, en Olivari, se vuelve memoria, fragmento inconmensurable de vida, desfile desbordante de calles, esquinas. malevos, inmigrantes, buenos y malos. Es decir, fue un poeta que supo definir al ser porteño, simplemente porque se detuvo a mirar con su pluma la esencia de esos seres que poblaban las calles de Buenos Aires.

Buenos Aires, 6 de abril de 2013

SUSANA FREIRE  
Académica de número  
Titular del Sillón "Nicolás Olivari"